

1

SUMMER

Era un día precioso para casarse, pero yo solo podía rezar para que se detuviera el tiempo.

—Mira qué bien ha quedado todo. —Mi hermana menor, Wynter, vino hacia mí para alisarme el velo, y yo la contemplé a través del espejo. Llevaba el cabello rubio recogido hacia atrás con grandes bucles que se deslizaban en cascada por su espalda. El vestido plateado que llevaba hacía que su ligero bronceado pareciera más pálido. Debería haber insistido en dejar que mis hermanas eligieran color. Extendió los lados del velo, y, con la luz de la sala de la iglesia en la que estaba con mis damas de honor incidiendo sobre mi cabeza, dio la impresión de que llevaba un halo. Wynter acarició con los dedos el encaje de mis hombros—. Qué tejido tan precioso. —Llevaba todo el día haciendo comentarios: sobre la bonita iglesia que Boyd y su familia habían elegido, sobre el bonito vestido, sobre las bonitas vacaciones en Bali...

Todo era tan bonito...

Una novia quiere algo más que «bonito» para el día de su boda.

Una novia quiere algo más que a sus hermanas intentando hacer ver que todo iba bien.

Sentí un nudo en el estómago y me llevé los dedos a los labios.

—Dios mío —susurró Wynter. Su mirada se posó en Junie, nuestra hermana con más mundo y la segunda más joven, como si Autumn no fuera a entender por qué estaba preocupada. Autumn no era tan ingenua como todos pensaban.

Puse los ojos en blanco.

—Dios, no, Wynter. No estoy embarazada.

El miedo me atravesó el corazón al pensarlo. ¿No debería ser decepción? Tenía más de treinta años y por fin me iba a casar. Quería una familia, pero la idea de quedarme embarazada en ese momento me daba casi tantas náuseas como las que iba a sentir al subirme después a una lata con alas.

Un puñetero avión. Boyd sabía de sobra lo que pensaba sobre volar, y, sin embargo, me había sorprendido con los billetes a Bali, como si mi cuerpo claustrofóbico fuera a ponerse a saltar de alegría. Mañana por la mañana iba a estar sentada en primera clase, como si eso hiciera más llevadera la idea de estar encerrada en un ataúd volador con otras cien personas. Sentí un nudo en el pecho y las lágrimas me escocieron en los ojos.

Parpadeé rápidamente y se me corrió el rímel.

—Mierda.

—Voy a buscar una toallita. —Autumn saltó del taburete. Su vestido susurró al moverse; no se parecía en nada al vestido de verano que me había imaginado cuando de niña fantaseaba con mi boda.

Llevaba el pelo rojo peinado de forma similar a Wynter. Un estilo bonito y elegante. Para contener las lágrimas, eché un vistazo a la sala a través del espejo. Sofás mullidos. Obras de arte dignas de una galería. Molduras de techo. No era la iglesia a la que iba de cría, aquella en la que pensaba casarme, pero la sala era bonita.

Tan... bonita...

—¡Ya está! —Autumn blandió una toallita desmaquillante como si fuera a resolver todos mis problemas.

Wynter la detuvo poniendo una mano delante de mi cara.

—Pero eso le quitará toda la base de maquillaje.

—Ah, es verdad. —Autumn entrecerró los ojos y discutió el tema con Wynter.

Junie se levantó y se unió a ellas, con sus ojos color avellana pensativos. Las tres se pusieron en semicírculo frente a mí, concentradas en el dichoso maquillaje como si fuera su salvavidas. Cualquier cosa con tal de ignorar lo melancólica que había estado todo el día.

—No pasa nada. —Extendí la mano para coger la toallita—. No me importa si se me ven las ojeras.

Las tres me miraron parpadeando, y las lágrimas amenazaron de nuevo con brotar. Me temblaba la mano.

—Summer —dijo Wynter en voz baja—. Hagas lo que hagas, te apoyaremos.

No se refería al maquillaje. Sentí una oleada de esperanza, pero la reprimí. ¿En qué estaba pensando? Boyd era un buen hombre. Un tío agradable, un bonito novio.

Bonito. Joder. Lo que habíamos hecho —joder— a su modo metódico y predecible.

Pero también resultaba arrollador en los momentos más inoportunos. Como con esta boda.

—Estaba tan emocionado por casarse después de estar en tu boda, Wynter... —susurré.

A mí también me había encantado esa ceremonia. Wynter y mi nuevo cuñado, Myles, habían irradiado felicidad en su gran día. Estaban hechos el uno para el otro, y yo había querido algo así para mí, así que cuando Boyd me pidió matrimonio al día siguiente —para no entrometerse en el día especial de la feliz pareja, y eso fue un detalle, maldita sea—, pensé que era una señal de lo que debía hacer.

Como decía a veces mi madre: «O meas o te bajas del orinal».

Cuando le dije que sí, ignoré esa vocecita en mi cabeza que me regañaba diciendo que una boda tan repentina no era lo que yo quería. Boyd había dicho que cuatro meses eran tiempo más que suficiente, que una boda el día de San Valentín sería perfecta, así nunca iba a olvidarse de nuestro aniversario. Jaja. Me reí ante eso, aunque por dentro me sentí un poco decepcionada.

Pero la más pequeña de mis hermanas ya se había casado. Yo era mucho mayor que ella, siempre la había cuidado, y, sin embargo, ella había encontrado al amor de su vida.

Yo tenía a Boyd.

La voz insistente en mi cabeza había regresado para enumerar los defectos de Boyd. La había acallado durante tanto tiempo que se había convertido en algo natural, pero hoy la muy perra se negaba a callarse.

Me había pedido que me vistiera con algo «*especialmente bonito*» cuando fuéramos a conocer a sus compañeros de trabajo. ¿Acaso pensaba que, de no decirme nada, iba a parecer una desaliñada?

Había tirado algunas de mis camisetas viejas favoritas, y yo había tenido que esconder una manta que me había hecho a ganchillo la madre de un antiguo novio para que no la tirara también.

Se había apropiado de las noches que yo salía con mis amigas, organizando en su lugar citas festivas y divertidas hasta que todas mis amigas siguieron haciendo esas noches de chicas sin mí.

Esa voz se estaba volviendo más y más fuerte; me retumbaba en la cabeza y me estaba quitando las gafas de color rosa.

Junie me apretó el hombro. Llevaba unas mechas rojas en el pelo, algo de lo que ya me habían hablado Boyd y su madre. Yo le había dicho a mi hermana que el color de su pelo me daba lo mismo. Quería que Junie estuviera a mi lado, y si tenía el pelo amarillo neón o negro azabache, no me importaba. Su estilo era diferente al de Wynter y Autumn. Se había tapado un poco los mechones rojos recogiendo el pelo en un moño en la nuca.

—¿Estás intentando ocultar el rojo de tu pelo, June? —No utilicé «Junie», para que supiera que quería una respuesta sincera. La culpa y el miedo se reflejaron en su rostro y yo entrecerré los ojos—. ¿Te lo ha pedido Boyd?

Se mordió el labio. En su interior se libraba una guerra: decirme la verdad o mentirme.

—Ha sido la señora Harrington —confesó por fin.

Corinne Harrington. La madre de Boyd y una auténtica bruja. ¿Era ella la razón por la que Boyd me había insistido en que añadiera más y más mechas doradas a mi cabello rubio fresa? Y, fuera como fuese, ¿por qué le suponía un problema mi color del pelo?

¿Y por qué yo hacía todo lo que él me pedía?

La madre de Boyd también estaba en la lista de esa voz. Corinne había mencionado de pasada que teníamos que limitar el número de invitados para excluir de alguna manera a los niños que mi madre adoptiva había acogido. Mae Bailey quería a todos sus hijos de acogida, y aunque Lane y Cruz solo llevaban trabajando para ella desde el verano, y aunque eran adultos, ya estaban grabados en su corazón como si fueran suyos. No solo eran hermanos de Myles, también eran hombres decentes, a los que me había negado a permitir que ella sacara de la lista de invitados.

«Pero tanta gente, Summer... —había dicho Corinne—. La iglesia no debería estar a rebosar».

Boyd me había retirado la palabra durante dos días después de que yo le dijera a su madre que, si mi familia y mis amigos no estaban allí, yo tampoco iba a estar.

Y ahora que sí estaban presentes, era yo la que no quería estarlo.

—¿Summer? —me llamó Wynter: cogió un taburete y lo arrastró hacia mí, sin prestarles atención a la cola de su vestido ni a su barriga de embarazada de ocho meses. Yo había querido esperar a casarme hasta que Wynter tuviera al bebé. No quería que se sintiera incómoda en mi día feliz, y no quería que estuviera de pie con tacones cuando estaba a punto de dar a luz en cualquier momento.

La señora Harrington pensaba que la barriga de embarazada de Wynter iba a ser una vergüenza, una mancha en todas las fotos. Su reacción horrorizada fue la única razón por la que me puse del lado de Boyd para celebrar la boda antes.

«¿Por qué retrasarlo hasta la primavera si para entonces ya estaremos esperando a nuestro propio hijo?», me había dicho.

Tenía muchas ganas de tener hijos, pero como él no dejaba de preguntarme cuándo me iba a quitar el DIU, le había dicho que iba a hacerlo después de la boda. Le había puesto como excusa que no quería que mis hormonas estuvieran revolucionadas durante la ceremonia. No tengo ni idea de si eso era cierto, pero dejó de presionarme.

¿Cuántas veces había tenido que buscar soluciones para adaptarme a su personalidad?

El corazón volvió a darme un vuelco y me puse la palma de la mano contra el pecho. ¿Qué me estaba pasando?

—Summer —repitió Wynter. No me había dado cuenta de que había apartado la vista de ella y la tenía clavada en el suelo de madera pulido.

—¿Sí?

—¿Quieres casarte?

Asentí, pero las lágrimas brotaron por fin de mis ojos y se derramaron por mis mejillas.

—No —susurré. Negué con la cabeza, parpadeando, y eso me manchó las mejillas de rímel. Resistente al agua, y una mierda—. No, solo estoy estresada.

Junie me agarró por los hombros y se agachó para que quedáramos a la misma altura.

—¿Qué me dirías si yo estuviera en tu lugar?

La respuesta era fácil: le habría dicho a Junie que no era demasiado tarde. Le habría dicho que no tenía por qué seguir adelante con aquello, y que yo siempre iba a apoyarla. Le habría dicho que se marchara cuanto antes, que yo podía encargarme de todo.

Más lágrimas cálidas anegaron mis ojos.

—No puedo cancelar la ceremonia. Es demasiado tarde.

—¿Quieres a Boyd? —preguntó Autumn.

Me lamí los labios; el sabor salado de las lágrimas me picó en la lengua.

—¿Sí?

Wynter cruzó con las otras dos una mirada que decía «lo sabía».

—Si él te quiere, lo entenderá.

—Tampoco es una pregunta que tengas que responder ahora mismo —dijo Autumn. Mis tres hermanas volvieron a rodearme como un trípode—. Creo que tienes que decirle que cancele todo, que no estás preparada, y luego, más adelante, ya decidirás si lo quieres y si quieres seguir con él.

Decirle a Boyd que había que cancelar la boda... Un escalofrío me recorrió el cuerpo. Iba a enfadarse muchísimo y yo iba a ser la destinataria de esa frialdad que utilizaba cuando se enfadaba.

—Es que todo ha sido tan precipitado...

No especifiqué qué era lo que me parecía precipitado, pero todas asintieron con expresión solemne.

—¿Quieres que vaya a buscarlo? —preguntó Junie.

Negué con la cabeza y me quité el velo con cuidado. Autumn me lo arrebató de las manos como si temiera que me lo volviera a poner y siguiera adelante con la boda. Colgó el precioso tocado al otro lado de la estancia, fuera de mi alcance.

Había dado el primer paso, uno diminuto, y podía dar otro. Y luego otro. No pensaba enfrentarme a él en este lugar, donde mi

velo estaba colgado de un perchero, donde estaba mi equipaje preparado para la luna de miel en Bali, el destino que él había elegido.

—Le diré que me espere en la puerta trasera, junto al almacén. —Era la salida más cercana al aparcamiento, pero la entrada principal estaba a la vuelta de la esquina, y era por donde iban a entrar todos los invitados—. No se lo digáis a los chicos todavía, ¿vale?

Lo último que necesitaba era que mis hermanos montaran un escándalo con Boyd, la estirada de su madre y su padre, que probablemente ya estuviera medio borracho a esas alturas.

Me levanté y mi elegante vestido de satén blanco se deslizó hasta el suelo a la perfección. El encaje alrededor de mi cuello y sobre mi pecho y mis brazos me picaba muchísimo. Había querido un vestido sencillo, como el que había llevado Wynter, pero ya la había imitado bastante al acelerar mi boda apenas unos meses después de que ella se casara.

Yo era la mayor. Se suponía que debía dar ejemplo, pero mi hermana pequeña había encontrado el amor y se había asentado. Estaba esperando su primer hijo. Esa debía ser yo.

Ese no era el día adecuado para ser competitiva. No debí haber dejado que Boyd me empujara y precipitara un acontecimiento vital con el que había soñado desde que era una niña.

El vestido se arremolinaba alrededor de mis piernas mientras iba hacia la puerta del fondo, que daba a la otra sala, la que mis hermanas habían usado para cambiarse. Me dejé puestas las zapatillas y abandoné los tacones junto al velo. Me detuve en el pasillo y le envié un mensaje a Boyd.

Yo: Tengo que hablar contigo. Nos vemos en la salida sur de la iglesia, donde está el almacén grande.

Guardé el móvil en un bolsillo oculto en lo más profundo de la falda del vestido. Mi ritmo cardíaco se calmó al tener conmigo algo que era mío, que yo misma había elegido. Mientras me adentraba en el pasillo vacío, me serenó el hecho de darme cuenta de que mi familia podía localizarme. No estaba sola.

Tate me había llamado tres veces en el último mes, algo que rara vez hacía. Desde que anuncié la inminente boda, tanto Teller como Tenor habían hecho más paradas en la destilería familiar de Bozeman para visitarme.

Vale, a ver: mi familia iba a apoyarme; Boyd iba a entenderlo porque, si me quería, debía desear que fuera feliz. E iba a sentirse mal por haberme presionado.

Corrí hacia el lugar de la reunión, con el frufnú de mi vestido como mi única compañía. Boyd no había respondido aún al mensaje. Esperé, cambiando el peso de un pie a otro, con los nervios inquietándome más y más a medida que pasaba el tiempo y yo seguía ahí. No bajé la mirada. No quería ver la palabra «NOVIA» bordada en plata en la parte superior de mis zapatillas.

Una suave música de piano se filtraba por el pasillo desde la capilla. La entrada estaba al final del otro pasillo. A mis hermanas y a mí nos habían puesto en la sala más apartada. La iglesia era grande y ya estaba llena de murmullos. ¿Cuánta gente había asistido?

Mi madre debía de estar recibiendo a la gente que iba llegando, aunque la señora Harrington había insistido en que se quedara conmigo, como si mi madre fuera demasiado tosca como para saludar a nadie junto a Boyd. Mi madre podía parecer dócil y sumisa, pero hacía lo que le daba la gana. Y yo debería haber tomado nota de esa actitud.

—¿Qué está pasando? —El tono autoritario de Boyd rompió el silencio.

Me di la vuelta, y un grito ahogado se escapó de mis labios. ¿Había estado en la capilla saludando a la gente? ¿O el plan era mantenernos a mí y a mi familia encerrados hasta que llegara la hora de la ceremonia?

La claridad que sentía en ese momento habría tenido que llegarme mucho antes, pero al menos aún no era demasiado tarde.

—Yo... eeh... —Al parecer, anunciar la cancelación de una boda al novio era más difícil de lo que esperaba.

—Summer —espetó—. Tenemos diez minutos, y tienes un aspecto... —Hizo un sonido de desaprobación. Me agarró por las mejillas y me pasó los pulgares por debajo de los ojos para limpiarme el rímel corrido—. Estás hecha un desastre.

—Gracias —dije con sarcasmo.

Frunció el ceño e intentó quitarse el negro de los pulgares frotándose los dedos.

—Ya sabes a qué me refiero. —Cerró los ojos y pareció recomponerse—. Estás preciosa, pero sé que preferirías estar radiante el día de tu boda.

Hacía eso a menudo, ¿verdad? Replanteaba una situación para que se centrara en lo que yo quería, de modo que quedaba en ridículo si no estaba de acuerdo, pero en realidad se refería a lo que él quería. Me incitaba hacer lo que él quería.

Levanté la barbilla.

—Yo quería una boda en verano.

Su expresión fue estupefacta.

—¿De verdad? ¿Y ahora me lo dices?

—Ya te lo había dicho antes. Quería esperar. —Estaba dando vueltas alrededor del tema y eso no era propio de mí. Summer Kerrigan no se andaba con rodeos—. No voy a seguir adelante con la boda. —Solté el aire con fuerza. Ya estaba. Lo había hecho. Una chispa de orgullo se encendió en mi pecho.

Él soltó una carcajada.

—Muy bueno. ¿Cómo sabías que me estaba poniendo tenso y que necesitaba relajarme? —Sus ojos brillaban, pero había un aura rara a su alrededor, una acumulación de energía siniestra.

La sensación no era nueva. Normalmente yo cedía cuando intuía que estaba descontento. Boyd era un buen partido... en teoría. En persona, ya no estaba tan segura.

—No estoy bromeando, Boyd. No quiero casarme ahora mismo. —Enderecé los hombros. Los últimos minutos habían sido más que reveladores y supe que no solo estaba cancelando una boda: también estaba acabando con todo—. No quiero casarme contigo.

Sus rasgos se quedaron mortalmente inmóviles y el ambiente se volvió asfixiante. No lo vi mover el brazo hasta que la bofetada retumbó en el pasillo. Giré la cabeza bruscamente hacia un lado, pero incluso entonces necesité un segundo más para entender qué acababa de pasar.

Me había abofeteado. Me llevé la mano a la cara. Un calor punzante se extendía por mi mejilla cuando él se acercó a mí.

—No vamos a jugar a esto —dijo con voz grave y amenazante.

—Me has pegado una bofetada...

—Eso ni siquiera ha llegado a bofetada. Ahora vuelve dentro, límpiame esa mierda de la cara y no salgas hasta que seas la preciosa novia que quiero. —Los pensamientos me daban vueltas en la cabeza. Me tenía atrapada contra la pared y se cernía sobre mí. Su voz rezumaba amenaza y, al mismo tiempo, me hablaba como si fuera una niña. Como si fuera una muñeca de carne y hueso que él podía usar como quisiera. Y eso era justo lo que le había permitido hacer todo este tiempo. Una oleada de humillación se extendió por mi cuerpo hasta donde antes solo había habido conmoción. ¿Cómo no me había dado cuenta de todo esto?—. No vas a avergonzarme así —dijo, ajustándose las solapas de la chaqueta del esmoquin—. Te daré un poco de tiempo para que te pongas presentable.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

—Llevo un vestido de novia y unos bonitos rizos en la cabeza que se deslizan como una cascada de hielo. ¿No te parece eso lo bastante presentable?

Me empujó por los hombros y me di un golpe en la nuca contra la pared.

—Esta noche me encargaré de esa boca tuya.

—No quiero lo que sea que tengas planeado para ella.

Retiró el brazo y, demasiado tarde, vi el puño dirigiéndose hacia mi estómago. Mis pulmones se convirtieron en hielo. No podía respirar.

Entonces, lo apartaron de mí de un tirón y lo estrellaron contra la pared de enfrente. Un par de hombros anchos y familiares, con un pelo castaño oscuro y algo rizado que le llegaba hasta el cuello, me taparon la vista. El mango curvo de madera de un bastón, en horizontal con respecto al suelo, apareció ante mis ojos.

Boyd estaba inmovilizado contra la pared por un bastón.

Me enderecé. Casi me había dado un puñetazo y yo me había encogido.

Me había encogido ante el hombre con el que se suponía que iba a casarme. El hombre que acababa de abofetearme. ¿Cómo no

había visto a Boyd tal y como era? Sus padres eran horribles. ¿Por qué había llegado a pensar él iba a ser diferente?

—Mantén las putas manos alejadas de ella —gruñó el recién llegado con una voz grave que despejó las telarañas de recuerdos que habría preferido olvidar para siempre.

No podía ser él.

Lo había invitado porque mi madre había puesto su nombre y el de sus padres en la lista, y yo había estado demasiado ocupada como para protestar.

Me acerqué sigilosamente para verle la cara. Boyd se resistía, pero no era rival para el hombre del bastón, que tenía la rodilla clavada en la entrepierna de Boyd. Un rápido movimiento hacia arriba y Boyd se habría tragado los testículos.

Divisé el rostro enfurecido de mi protector y mi pulso se aceleró. Jonah Dunn. El hermano mayor del chico con el que había salido en el instituto, aquel cuya madre me había tejido mi manta favorita.

El chico que había muerto en un accidente de coche.

La cicatriz que le partía la cara en dos era más prominente gracias al rubor de la ira. Sus ojos oscuros no eran menos letales que los de Boyd, y Jonah tenía su pulido bastón de paseo contra el pecho de Boyd. Sin embargo, yo no le tenía miedo a Jonah.

—No te metas en esto, gilipollas. —El rostro atractivo aunque vulgar de Boyd estaba enrojeciendo.

Observé a mi ahora exnovio como si fuera una hormiga. No había nada extraordinario en él y no se debía a su aspecto. Tenía que esforzarse mucho para no ser corriente, y pisoteaba a los demás para llegar al siguiente nivel, ya fuera a través de su supuesto encanto o de su personalidad manipuladora.

¿Qué había visto en él? ¿Por qué me había quedado con él?

Había sido una estúpida. Mis hermanas estaban más que dispuestas a ayudarme a cancelar la boda. Ellas se habían dado cuenta.

¿Acaso todos, menos yo, habían sido capaces de discernir el sombrío futuro hacia el que me precipitaba?

Yo solo había visto lo que Boyd quería que viera: una bonita sonrisa, un buen trabajo y una actitud tranquila. Todo falso, salvo la sonrisa, gracias al buen trabajo del ortodoncista.

Boyd intentó abofetear a Jonah, pero Jonah le apartó las manos sin dejar de mantenerlo inmovilizado contra la pared como un insecto en una vitrina. Muy acertado.

Boyd le enseñó los dientes. Intentó darle una patada, pero la rodilla de Jonah se movió y Boyd, orgulloso de sus pelotas —seguramente recién afeitadas—, se quedó quieto al instante.

—Voy a llamar a la policía —resopló Boyd.

Me puse tensa. Boyd tenía contactos. Tenía poder. Jonah no era conocido en Bozeman. Apenas se lo recordaba ya en Bourbon Canyon.

No podía dejar que Boyd se saliera con la suya después de haberme pegado. No podía permitir que más gente, aparte de mí, fuera humillada por este hombre.

—Boyd, vas a entrar en la capilla y anunciar que la ceremonia de hoy se cancela. No vas a manchar mi reputación, o saldré ahora mismo y les contaré por qué tengo esta marca roja en la mejilla. —No tenía que mirarme al espejo para saber que mi mejilla izquierda estaba ardiendo. Jonah dio un tirón y golpeó la cabeza de Boyd contra la pared, como si el recordatorio lo enfureciera. Y a mí me pareció bien—. Mi familia no va a tener que lidiar con las consecuencias —continué, segura de que Jonah lo tenía bien sujeto. Ya había dejado que Boyd me pisoteara lo suficiente—. Si les dices cualquier tontería, se lo contaré a mis hermanos, a todos ellos. —Insistí para que supiera que me refería a Myles y, por extensión, a sus hermanos también—. Y yo seré su coartada.

La cara de Boyd estaba ahora al rojo vivo.

—¿Qué está pasando aquí? —retumbó la voz escandalizada de Corinne por el pasillo. Se dirigía furiosa hacia nosotros. Una reina airada con un deslumbrante vestido de color peltre y unos tacones de siete centímetros a juego.

Jonah no soltó a Boyd, y recorrió mi cuerpo con su mirada oscura, dejando tras de sí un ardiente rubor.

—¿Estás bien?

Su voz profunda me provocó un escalofrío que enfrió el calor que él había provocado. Su mandíbula, sombreada por la barba incipiente, era tan firme que parecía tallada en piedra, pero solo pude distinguir preocupación en las profundidades negras de sus ojos.

Asentí. Una mentira.

Entrecerró los ojos, y eso frunció la cicatriz que le recorría la esquina del ojo izquierdo.

—¡Quítale las manos de encima antes de que llame a la policía!
—El volumen de la voz de Corinne iba a atraer la atención de los demás, y yo no quería ser el centro de todas las miradas: no quería que me observaran ni que me compadecieran.

No quería ser un espectáculo. Habría sido como revivir el funeral de mis padres. Tenía que hacerla callar.

—No sabía que tu hijo tuviera la costumbre de pegar a las mujeres.

Se tambaleó un poco y su expresión de superioridad vaciló. Luego levantó la barbilla y volvió a ser la autoritaria madre del novio.

—No sabía que tenías la costumbre de mentir.

—Sigue diciéndote eso mientras anuncias que la boda se cancela.
—Señalé mi mejilla dolorida. El corazón me latía con fuerza contra el esternón. La ira se estaba apagando y la desesperación crecía en mi interior. No quería que todos vieran lo engañada que había estado. Sabían que él no era bueno para mí, pero no podían saber que era tan malo. Cancelar la boda ya me dejaba lo bastante expuesta.

—Boyd sabe lo que va a pasar si habla mal de mí. —Señalé a Jonah con la barbilla—. Puedes soltarlo.

Jonah seguía con los ojos entrecerrados. No había mirado a Corinne ni una sola vez, y le dedicó a Boyd una expresión severa.

—Lárgate de mi vista, maldita sea. No voy a pegarte como tú le has pegado a ella.

La vergüenza me quemaba la piel. Bajé la vista hacia al suelo cuando Jonah dio un paso atrás, interponiéndose entre Boyd y yo tanto como pudo, y apartó su bastón del pecho de Boyd.

Boyd inspiró profundamente, tratando de parecer más imponente, y Jonah hizo girar el bastón de caoba en su mano.

Sabía lo que era enfrentarse a la ira de Jonah. Yo había sido el blanco de ella. Y, al igual que Boyd, me lo había merecido. Pero Jonah nunca le habría pegado a una mujer.

Me obligué a sostenerle la mirada a Boyd. El odio brillaba en las profundidades de sus ojos.

Me mostró los dientes.

—Me arrepiento de los años que he malgastado en tu culo de paleta.

Jonah soltó un gruñido y dio un paso adelante. Boyd escapó corriendo de su alcance. Mi ex rodeó con un brazo a su madre para consolarla. Tuve una visión clara de cómo habría sido mi matrimonio. Yo sola contra ellos dos.

Ella se movió y a punto estuvo de hacerlos caer a los dos.

—Coge el anillo —espetó, y lo agarró del brazo.

La mirada de Boyd pasó de Jonah a mí.

El estúpido y odioso anillo de corte esmeralda que él afirmaba que era una reliquia familiar y que se negaba rotundamente a que le cambiáramos la talla. Llevaba cuatro meses aterrorizada de que esa puñetera cosa acabara en el retrete y Corinne me mandara de una patada al infierno.

Me lo arranqué de un tirón y lo lancé al pasillo.

—Sé un buen chico y ve a buscarlo para tu madre.

—Siempre ha sido una grosera sin modales —le dijo Corinne a Boyd mientras lo llevaba a rastras en la dirección en la que había rebotado el anillo—. Te lo dije.

Sentí un regusto ácido en la garganta. Esa mujer no me conocía. Sin embargo, no podía evitar la sensación de que sí me veía, y por eso me había esforzado tanto por complacerla, a ella y a Boyd. No era grosera ni me faltaban modales, pero sí que en momentos malos podía ser una chica asustada y egoísta.

Jonah volvió a ignorarlos. Su mirada oscura se centró en mí.

—¿Summer? —preguntó en voz baja.

Por fin brotaron las lágrimas, derramándose sin control. Había convertido el día en una mierda. Iba a tener que enfrentarme a mi familia, a los padres de Jonah y a otros amigos de la familia para decirles que la había cagado. La gente había gastado dinero y había perdido el tiempo para venir a esta dichosa boda, y era culpa mía que no se llevaran nada a cambio.

Se me ponía la piel de gallina. Mi indecisión ya le había costado todo a algunas personas que me importaban, y estaba pasando de nuevo.

—No quiero enfrentarme a ellos. —No quería ver a nadie. Se suponía que yo debía ser un ejemplo, pero me había engañado. Era tonta. Una niña asustada y egoísta—. No puedo dejar que mis hermanas me vean así. —¿Podía irme antes de que se enteraran de lo que había pasado? ¿Podía marcharme sin más?—. No quiero ir a mi casa.

Si iba a mi apartamento en Bozeman, Boyd podía encontrarme. Él no tenía las llaves, pero podría llamar a la puerta. Si iba a casa, a la casa que siempre había sido mi hogar, la casa de mamá en el rancho Bailey, iba a enfrentarme al fracaso delante de todos; iba a tener que responder a las preguntas de mis hermanos y mantenerme fuerte por mis hermanas, y lo único que quería era estar sola.

La mirada acerada de Jonah se dirigió hacia la puerta de salida. Sus ojos eran de un azul índigo intenso. No lo recordaba hasta que lo vi mirando el letrero de salida. Había muchas cosas de Jonah Dunn que había intentado olvidar.

Los músculos de su mandíbula se tensaron.

—Está bien. Coge tus cosas.

Negué con la cabeza. Un paseo de la vergüenza. Un espectáculo. Eso iba a convertirme en el centro de atención por razones que no eran verdad.

—Mis cosas están en la sale donde nos hemos cambiado. Es que no... —No podía contener las lágrimas—. He sido tan estúpida... —Mi voz salía entrecortada, apenas un susurro—. Tan estúpida... No quiero que me vean así.

Su suspiro fue apenas audible. Me rodeó con un brazo y me guio hacia la salida.

—Te sacaré de aquí.

Sus pasos eran desiguales y su bastón golpeaba el suelo de forma errática. Cuando salimos a toda prisa por la puerta, un viento frío me golpeó en la cara. Otro detalle que no había deseado para mi boda. Un tiempo gélido y nieve acumulada en el suelo en el que debía de ser el día más feliz de mi vida. Previsión de nieve y nubes gris oscuro en la distancia. Se avecinaba más nieve.

Feliz San Valentín.

Me acurruqué contra Jonah, sin importarme adónde me llevara; solo quería que fuera lejos de allí. La firmeza de su cuerpo no debería ser reconfortante, pero lo era. Conocía a Jonah desde hacía mucho tiempo, pero nunca había estado tan cerca de él.

—¡Summer! —gritó Wynter.

Me puse tensa y casi me detuve, pero no podía hacer nada contra la fuerza de Jonah.

—No puede andar correteando por aquí fuera. Está demasiado embarazada.

Jonah por fin se detuvo y miró por encima del hombro.

—¡La llevaré a casa!

Eché un vistazo a escondidas. Mis hermanas salieron corriendo. Myles ya tenía un brazo alrededor de la cintura de Wynter para evitar que me persiguiera. Junie puso los ojos como platos cuando su mirada se posó en Jonah. Él no salía mucho, y Junie ya no vivía en nuestro pueblo natal. Probablemente hacía años que no lo veía. ¿Sabía quién era? Jonah había sido muy amigo de mis hermanos, sobre todo de Teller, pero los chicos eran todos mayores que nosotras.

Mis hermanos se agolpaban en la puerta. Tate, Teller y Tenor, todos vestidos de traje, todos con una profunda preocupación grabada en sus rostros.

Se me hizo un nudo en el estómago. Iban a meterse en mis asuntos y a querer echar a Boyd del pueblo... o atropellarlo. No quería estar en medio del lío que había causado.

—¿Qué ha hecho? —le preguntó Tate a Jonah, como si supiera que yo no iba a decírselo.

Tate intentó pasar por delante de Junie, pero Autumn se interpuso ante él. Empujó mi maleta hacia mí, y las ruedas golpearon el pavimento. No tenía ni idea de cómo había sabido que iba a necesitarla, pero Autumn era más observadora que los demás.

Una rueda chocó contra un trozo de hielo y la maleta volcó. Teller intentó abrirse paso entre mis hermanas, con toda la intención de coger mi equipaje y a mí también. Como era lógico, quería una explicación. Y después también iba a querer darle una paliza a Boyd.

Me encogí. Quería olvidar lo estúpida que había sido. Quería escabullirme y salvaguardar mi orgullo.

Jonah levantó una mano.

—Quiere intimidad. —Carraspeó como si no estuviera acostumbrado a hablar tanto ni tan alto—. Ocúpate de ese pedazo de mierda que hay ahí dentro. —Señaló la iglesia con la cabeza—. Asegúrate de que ese gilipollas no vuelva a acercarse a ella. —Cojeó un par de pasos y agachó su corpulento cuerpo para recoger mi maleta. Su pierna izquierda no se doblaba tanto como la derecha.

—¿Summer? —Tenor era mi hermano más tranquilo, pero la ira y la preocupación brillaban en sus ojos—. ¿Estás bien?

—Lo estaré —dije en voz baja—. Solo necesito algo de tiempo para asimilar lo que ha pasado. Por favor, dile a mamá que no se preocupe.

Todos sabíamos que iba a hacerlo.

Jonah pasó frente a mí y dejó mi maleta en el asiento trasero. Su vieja camioneta roja y plateada me tranquilizó. No conducía un coche llamativo como Boyd. La camioneta de Jonah estaba cubierta de polvo, con una capa de suciedad más espesa acumulada alrededor de los pasos de rueda.

Cuando me abrió la puerta, me volví hacia él. Nunca lo había visto sin vaqueros y camisa de franela, pero llevaba pantalones negros y una camisa de vestir azul oscuro. Estaba guapo, con un atractivo rudo, oscuro y misterioso, pero lo prefería con vaqueros.

Abrió la puerta del copiloto

—Sube.

Me volví hacia mi familia.

—Lo siento —me disculpé, con un volumen apenas suficiente para que el viento frío lo llevara hasta ellos. Luego hice un pequeño gesto con la mano que se suponía que debía ser tranquilizador, pero el temblor de mis dedos me delataba. Iba a subirme a una camioneta con un hombre con el que no había hablado en años, pero prefería estar con un hombre casi desconocido que con mi novio el día de mi boda.

2

JONAH

Tenía a una novia en el asiento del copiloto, pero yo era un soltero de treinta y nueve años.

Salí de Bozeman y me dirigí hacia Bourbon Canyon. Summer estaba acurrucada en su asiento, con la cabeza apoyada en la mano, mirando por la ventanilla. Había nevado la semana anterior y luego Montana había tenido un par de días con temperaturas por encima de cero. Las calles eran una mezcla de marrón y blanco sucio. Cuanto más me acercaba a los límites del pueblo, más finas eran las capas de nieve y más uniformemente cubrían el paisaje. El marrón no era de suciedad, sino de hierba en letargo y de los abetos verdes que había más arriba, en las colinas. El suelo volvió a desaparecer bajo el blanco de las cimas de las montañas.

Estaba tan callada... Nunca había visto a Summer callada. Hacía honor a su nombre: atrevida, radiante, como un rayo de sol. La encarnación de la confianza y la felicidad. De niña había sido mandona, obstinada y testaruda. El tiempo quizá la había pulido, pero sus aristas no podían desvanecerse así como así.

Si no quería estar con nadie, yo era su hombre.

No, su hombre no. Su hombre nunca.

Un viejo y familiar dolor me quemaba detrás del esternón. Quería irme a casa. No había querido asistir a la boda, pero se lo debía a mi madre. La boda de Summer iba a ser más emotiva para ella que para la mayoría. Los pensamientos de lo que podía haber sido la atormentaban. Se lo debía a mi hermano, le debía asegurarme de que Summer se casara con alguien que la mereciera. Me debía a mí mismo verla felizmente casada con otro hombre.

Mi madre ya no iba a tener que aguantar la ceremonia, y yo iba a asegurarme de que ese novio pomposo, maltratador e imbécil no pudiera encontrar a Summer. Tenía una cabaña en las montañas a las afueras de Bourbon Canyon, donde nadie podía molestarla. Su repugnante prometido probablemente no iba a rebajarse tanto como para ir a buscarla.

Eché un vistazo al cielo gris. Se pronosticaba otra nevada, un tiempo habitual al que los habitantes del pueblo no le daban importancia, pero Summer quizá tuviera que quedarse conmigo unos días más de lo previsto.

—¿Por qué estabas ahí? —preguntó ella, con voz débil.

Mierda, casi se me había olvidado de que no estaba solo. No. Su aroma a fresas y azúcar no me lo permitía. Estaba impregnando la cabina de mi camioneta, su aroma se enroscaba a mi alrededor y avivaba el dolor en mi pecho. ¿Cuánto tiempo iba a pasar antes de que dejara de olerla al entrar?

—Mi familia recibió una invitación e insistió en que fuera. —Me había resistido. Había discutido con mi madre. No me gustaba ir al pueblo, y mucho menos a Bozeman.

Ella me recordó que me había pasado casi todo el invierno encerrado en la cabaña, otra vez. Odiaba que mi madre se preocupara, y no podía decirle que iba al pueblo más a menudo de lo que ella pensaba porque iba a preguntarme por qué y la cosa iba a ponerse incómoda. Ya no podía llevarme de la mano.

Al final, ella había jugado la baza del hermano. «¿Lo harás por Eli?».

La risa de Summer fue seca y triste.

—¿Así que yo no era la única que no quería estar allí? —Dejó escapar un suspiro de cansancio—. No, me refería a por qué estabas en el pasillo. ¿Nos has visto discutir?

No habían discutido. Ella le había dicho que no quería casarse y su novio, ese zoquete, le había pegado.

—Estaba buscando el baño.

Su labio inferior estaba fruncido, rosado e hinchado de tanto morderlo. Tal vez pareciera a punto de desmayarse, pero su agudamente no dejaba de dar vueltas.

—¿Necesitas parar en algún sitio?

—¿Por qué? —pregunté mientras tomaba una curva.

—No has llegado al baño.

—No necesitaba ir a mear. —Apreté el volante con fuerza—. Necesitaba alejarme de la multitud. —Alejarme de la idea de ver a Summer yendo hacia el altar.

Se volvió hacia mí en su asiento tanto como le permitía el cinturón de seguridad.

—¿Había mucha gente?

—A la mayoría no los conocía.

Ella soltó un suspiro de alivio.

—Corinne invitó a medio pueblo y quería limitar mi lista de invitados.

Corinne debía de ser la mujer que estaba dispuesta a darme una paliza. Menos mal que Summer sabía muy bien qué amenazas debía esgrimir para que su ex y su familia se comportaran. No estaba seguro de que mi reputación sobreviviera a tener que defenderme de una mujer rica que nos atacaba a Summer y a mí.

—¿Te había pegado antes? —Tenía que saber si debía arrepentirme de mi moderación.

—No. —Se apoyó en el reposacabezas—. Pero ahora no puedo dejar de pensar en las señales. Me aisló y me hizo dudar de mi propia mente. Era controlador. No puedo creer que cayera en todo eso. Es que estaba tan ocupada con el trabajo... —Deslicé la mirada hacia ella por un segundo y luego me concentré en la carretera de nuevo—. ¿Qué? —preguntó ella, a la defensiva.

Summer no era de las que dejaban que su novio la pisoteara. Mi hermano la había seguido como un cachorrito enamorado. Summer había hecho de él lo que quería, y si Eli quería estar con ella, tenía que seguirle el ritmo.

—¿Por qué te haces responsable de sus actos?

—Estaba a unos minutos de casarme con él. —Otro largo suspiro—. ¿Adónde me llevas?

Había un filo cortante en su pregunta. Si no le gustaba mi respuesta, se lanzaría por la puerta y al diablo con la velocidad de la autopista. Esa era la Summer que yo conocía.

—A mi cabaña. Querías intimidad, y no hay otro sitio más solitario. —Salvo que yo iba a estar ahí.

Me miró fijamente.

—¿Estás seguro?

No. Ella necesitaba ayuda y yo me había apresurado a ofrecérsela, igual que todos los hombres de su vida, excepto ese imbécil de su ex.

—Puedes quedarte en la habitación de invitados. Te dejaré tranquila.

—Es solo que... —Sacudió la cabeza—. La última vez que hablamos...

—La gente cambia. —No quería recordar su última visita al hospital tras el accidente que se había llevado la vida de mi hermano. Había ido a verme unas cuantas veces, probablemente más de las que recordaba, ya que había estado inconsciente durante mucho tiempo, y había dejado de hacerlo porque yo se lo había pedido.

—Así es. —Volvió a mirar por la ventanilla del copiloto—. Y a veces cambian justo delante de tus ojos.

Y volvimos a hablar de su ex. Terreno seguro.

—¿Ese tío te va a meter en un lío?

—No lo creo. Me ha pegado y tú has sido testigo. Pueden llamarme mentirosa, pero la semilla ya estaría plantada en la mente de la gente. Si a eso le sumas que no seguí adelante con la boda, pareceré más creíble que él.

—¿Vives con él?

Ella negó con la cabeza.

—Por suerte no. Mi padre... —Suspiró—. Mi padre decía que no quería que sus hijas vivieran con hombres antes del matrimonio.

—No me había dado cuenta de que fuera tan anticuado. —Darin Bailey había sido un buen hombre, pero no parecía de los que les negara nada a sus hijas.

—Fomentaba la independencia: emocional, mental y económica. Y... no le caía bien Boyd. —La confesión escapó de sus labios acompañada de una oleada de vergüenza.

Darin Bailey no era el padre biológico de Summer, pero ella seguía siendo la niña de papá. Todas las hermanas Kerrigan lo eran.

—¿Te quedaste con el único chico que no le gustaba a Darin Bailey?

—No me critiques. —Se volvió hacia mí y esos labios se fruncieron en una línea rebelde—. A mi padre no le gustaba ninguno de mis novios. —Volvió a mirar por la ventanilla—. Excepto Eli, claro.

A todo el mundo le había caído bien Eli. Era el hermano simpático.

Darin odiaba a Boyd Harrington, y pensar en ello me animó. Cuando era amigo de Teller, me gustaba charlar con Darin. Era un tipo con el que resultaba fácil llevarse bien y era consciente de las contribuciones de su familia al pueblo. Se esforzaba por ser afable en lugar de creerse con derecho a todo.

Podía entender por qué le caía mal Boyd. Los nombres de Boyd y Summer escritos con una letra elegante en la invitación me habían irritado muchísimo. Toda la invitación me había irritado. Papel de color crema. Superposición de encaje. Tuve que abrir tres sobres para llegar a ella. Incluso las arrugas eran elegantes, como si fuera papiro antiguo o alguna mierda por el estilo. Pero su nombre escrito con una caligrafía complicada me había parecido fuera de lugar.

Summer no era un nombre complicado, y no deberían haberlo convertido en algo que no era.

—Claro que voy a criticarte —dije para provocarla.

Vertió toda su rabia sobre mí cuando se volvió en mi dirección.

—¿Es eso lo que haces? ¿Sentarte en esa cabaña aburrida y ponerte a juzgarlo todo?

Seguí conduciendo, pero en lo más profundo de mi ser me sentí satisfecho. Ahí estaba el fuego que alimentaba a esa mujer. Lo había perdido cuando ese imbécil la había abofeteado.

—No, Summer. Nos vamos a sentar en esa cabaña aburrida y a criticarlo todo juntos.

Se detuvo en seco.

—¿Es malo que lo esté deseando?

Para ella esto no era más que un pequeño bache en su camino. La alegre Summer Kerrigan seguiría arrasando con todo a su paso, haciendo las cosas a su manera.

Pero para mí... Una vez que se hubiera ido, iba a quedarme pensando en todo lo que había perdido.

SUMMER

Hacía mucho que no estaba en la cabaña de Jonah. Vivía en el límite de las tierras de los Bailey, en los confines de las tierras de los Dunn, tan cerca que, si nuestras familias no se hubieran llevado bien, habría podido haber problemas. Pero Jonah era muy reservado, respetaba su propiedad y la nuestra, y en general era un vecino de ensueño.

Según Teller, y por lo que yo había visto, Jonah era tan solitario como podía. Esa idea hacía que la etiqueta de «vecino de ensueño» resultara triste.

Cuando Jonah era niño, solía ayudar a Tate y a Teller en el rancho. Los tres, junto con Tenor, competían con *quads* y motos de nieve, sacaban los tractores que se atascaban en el barro y cazaban y pescaban hasta que pensábamos que no iban a volver a casa nunca. No dejaron de hacerlo al entrar en la edad adulta. Durante las vacaciones universitarias de mis hermanos, o bien Jonah volvía a casa, o bien Teller iba a la suya.

Entonces el hermano de Jonah murió. Eli Dunn. Mi novio del instituto. Jonah se había encerrado en sí mismo, se había convertido en un ermitaño y había dejado claro que no quería volver a verme ni a hablar conmigo.

Debía de parecer aún más patética de lo que esperaba con mi exagerado vestido de novia si me dejaba esconderme en su casa.

Los recuerdos afloraron en mi mente a medida que nos acercábamos a la cabaña. Recuerdos de Eli y yo allí, cuando la madre de Eli no conseguía localizar a Jonah y enviaba a Eli a ver cómo estaba. Eli cogiendo el equipo de acampada para pasar esos fines de semana con sus amigos, a los que yo me negaba a ir. Nunca le había contado a Eli la verdadera razón. Había sido mi amigo antes de ser mi novio, pero había tantas cosas que no le había contado...

Hasta que había descubierto parte de la verdad. Y todo había acabado fatal.